

México. Ahora verán ustedes. Pierre.... Pierre. Ven acá pronto.

Se presentó un chiquillo como de nueve años, engullendo un gran trozo de pan con mantequilla.

— Dí á los señores á quién le rezas de noche para que te haga bueno.

— Á la Virgen de Guadalupe.

— Bueno, ¿y cómo se llaman esas rueditas blancas que hago en el metate?

— Tortillas.

— ¿Y qué te doy de desayunar cuando te portas bien?

— Atole de leche.

— ¿Ven ustedes cómo conoce mucho de allá?

Nosotros teníamos las lágrimas en los ojos, y cuando nos despedimos, mi amigo, inspirado por una idea, le dijo al chico:

— Te voy á hacer un regalo que va á encantar á tu mamá, toma....

Y sacó de la bolsa una cajita de música. No hizo el chico más que darle dos vueltas al pequeño manubrio, y Camila se puso á llorar á lágrima viva.

Y había razón; era una cajita que mi amigo mandó hacer en Ginebra y que no tenía más que una pieza: el himno nacional mexicano.

— Señor: dijo la india, hacía muchísimos años que no había vuelto á oír esa música tan linda que me sacude el alma. Y sollozaba con angustia.

Al salir de la casa, Camila nos vió con gratitud y con dolor, pues le parecía que con nosotros se iba para siempre la personificación y la voz de una patria á la que no volvería nunca.

Lunes 18 de Julio de 1898.

MANUEL ACUÑA

Todo se va, todo se muere. Á medida que se avanza en el camino del mundo, se van dejando pedazos del corazón sobre la fosa de cada uno de los seres queridos que nos abandonan para siempre.

Hoy es un triste aniversario para las letras nacionales: hace veinticuatro años — ¡parece que fué ayer! — que el poeta más inspirado de la generación de entonces, puso fin á sus días, cegado por no sabemos qué internas y pavorosas sombras.

Vivíamos él y yo tan ligados, fuimos tan íntimos amigos, que puedo asegurar, sin jactancia, que pocos le estudiaron como yo, tan de cerca, por lo cual juzgo un deber narrar algo sobre su vida y su muerte, en esta tristísima fecha, no sólo porque á través de los años se ha adulterado su historia, sino también porque muchos se interesan cuando leen sus versos, en saber, con toda la verdad posible, cómo era, cómo vivió y cómo murió el infortunado poeta.

Así es que, refundiendo antiguos apuntamientos, enlazando recuerdos que todavía están frescos en mi memoria, y juzgando con mayor experiencia lo que en aquella época no pude apreciar, encuentro ocasión oportuna para escribir un artículo en que han de campear la verdad y la justicia.

..

Manuel Acuña nació en el Saltillo, capital del Estado de Coahuila, el año 1849, y vino de catorce años, ó poco menos, á esta ciudad de México, entrando

como alumno interno en el colegio de San Ildefonso. Hace él tiernísima referencia á su salida de la tierra en que nació, en la composición « Lágrimas » dedicada á la muerte de su padre :

“ Sus brazos me estrecharon
Y después á los pálidos reflejos
Del sol que en el crepúsculo se hundía,
Sólo vi una ciudad que se perdía
Con mi cuna y mis padres á lo lejos. ”

Cursó con notorio talento los años de latinidad, matemáticas y filosofía y pasó á esa histórica Escuela de Medicina, de donde han salido tantas lumbreras de las letras y de las ciencias.

Lo recuerdo como si lo viera en la víspera de su fin trágico. Delgado de contextura, con la frente limpia y tersa, sobre la cual se alzaba rebelde el obscuro cabello echado hacia atrás y que parecía no tener otro peine que la mano indolente que solía mesarlo; cejas arqueadas, espesas y negras; ojos grandes y salientes como si se escaparan de las órbitas; nariz pequeña y afilada; boca chica, de labio inferior grueso y caído, ornada por un bigote recortado en los extremos; barba aguzada y con hoyuelos; siempre vestido con levita oscura de largos faldones, rápido en el andar y algo dificultoso en su palabra.

Triste en el fondo, pero jovial y punzante en sus frases, sensible como un niño y leal como un caballero antiguo, le atormentaban los dolores ajenos y nadie era más activo que él para visitar y atender al amigo enfermo y pobre.

Vivía en el corredor bajo del segundo patio de la Escuela de Medicina, en el cuarto núm. 13, el mismo cuarto que ocupó Juan Díaz Covarrubias y del cual salió para ser infamemente fusilado en Tacubaya el 11 de Abril de 1859. — Acuña tenía siempre en su

derredor un cortejo de amigos que lo amábamos sin doblez, sin rencillas, sin envidia de su genio, sin censurar sus extravagancias, evitándole toda clase de disgustos y siendo los primeros en aplaudir sus obras. De este cortejo, han muerto Agustín F. Cuenca, Gerardo M. Silva, y viven Javier Santa María, Juan B. Garza, Gregorio Oribe, Francisco Ortiz, Miguel Portillo, Antonio Cuéllar y Argomaniz, Juan de Dios Villalón y Vicente Morales que ha sido Secretario de nuestras Legaciones en Washington y en Italia.

Nosotros habíamos presenciado de cerca los trabajos de aquel adolescente sublime; con las lágrimas en los ojos le vimos salir á la escena en medio de aplausos atronadores, conducido por el eminente José Valero y por Salvadora Cairón, en la noche del estreno de su drama *El Pasado*; temblando de gozo, le admiramos cuando hizo en unos funerales, estremecerse á los viejos y sabios maestros diciendo :

« La muerte no es la nada
Sino para la chispa transitoria
Cuya luz ignorada
Pasa sin alcanzar una mirada
De la pupila augusta de la historia. »

Ó cuando en su brindis titulado : « Un rasgo de buen humor » hizo que le miraran, sonriendo aquellos sabios severos que se llamaron Río de la Loza, Vertiz y Barreda.

Nosotros recogíamos con cuidado fraternal cada periódico en que aparecían sus versos, guardábamos los párrafos en que lo elogiaban, y nos sentíamos felices con mirarlo recibir cartas de su hogar lejano, y después de leerlas, besar la firma de su madre, diciendo : « ¡Hace muchos años que no la veo ! ¡Pobrecita! Ya sólo me conoce en retrato. »

Esa ausencia lo mataba. Leed su poesía « Entonces y hoy, » escrita con las lágrimas más tiernas del fondo de su pecho y veréis que es una verdad la que os digo.

El viernes 5 de Diciembre de 1873, anduvimos juntos desde la mañana y nos fuimos por la tarde á la Alameda. El viento arrancaba las hojas amarillentas de los fresnos y de los chopos, que al caer bajo los pies del poeta atraían sus miradas de tristeza.

« Mira — me dijo mostrándome una de esas hojas que aún guardo seca por haber señalado con ella un capítulo del libro que leíamos aquella tarde ; — « Les feuilles d'Automne » de Victor Hugo — mira : una ráfaga helada la arrebató del tronco antes de tiempo!

Allí me recitó la poesía. « El Génesis de mi vida » que alguien extrajo de sus papeles el día de su muerte. Era una poesía lindísima, de la cual vagamente recuerdo uno que otro verso. Ya sentados en una banca de piedra me dijo : « Escribe », y me dictó el soneto : « Á un arroyo » poniéndome después de su puño y letra una cariñosa dedicatoria. Este soneto es el último que escribió ; muchos creen que el « Nocturno » es su obra postrera, pero sus amigos nos sabíamos de memoria esos versos, desde tres meses antes de aquel día á que me refiero.

Á propósito del « Nocturno » haré una digresión interesante. Una mañana, estando en el Saltillo, salimos muy temprano Jesús M. Rábago y yo, pues íbamos de expedición fuera de la ciudad. La parroquia da su espalda al Oriente, así es que el sol se alzaba de trás de la torre y enfrente, rumbo al Ocaso, se extiende una calle en que Acuña vivió cuando era niño. Al fijarse en esto me dijo Rábago : Vea usted cómo es verdad aquello de :

« El sol de la mañana
detrás del campanario

y abierta allá lo lejos
la puerta del hogar. »

Pero reanudemos el hilo de los acontecimientos.

Abandonamos la Alameda á la hora del crepúsculo, lo dejé en la puerta de una casa de la calle de Santa Isabel y me dijo al despedirnos :

— Mañana, á la una en punto, te espero sin falta.

— ¿ En punto? — le pregunté.

— Si tardas un minuto más...

— ¿ Qué me sucederá ?

— Que me iré sin verte.

— ¿ Te irás adónde ?

— Estoy de viaje.... si... de viaje.... lo sabrás después.

Estas últimas palabras cayeron sobre mi alma como gotas de fuego. Quise preguntarle más : pero él se metió en aquella casa y yo me fuí triste y malhumorado, como si hubiera recibido una noticia infausta.

Yo sólo sabía que aquel gigantesco espíritu estaba enfermo y tenía una crisis.

Acuña llegó algo tarde á la Escuela en aquella noche ; rompió y quemó muchos papeles que tenía guardados ; escribió varias cartas listadas de negro, una para su ausente madre, otra para Antonio Cuéllar, otra para Gerardo Silva y dos para unas amigas íntimas. Dicen que al día siguiente se levantó tarde, arregló su habitación, se fué después al baño, volvió á su cuarto á las doce, y sin duda en esos momentos, con mano segura y firme escribió las siguientes líneas :

« Lo de menos era entrar en detalles sobre la causa de mi muerte, pero no creo que le importe á ninguno ; basta con saber que nadie más que yo mismo es culpable. — Diciembre 6 de 1873. — Manuel Acuña. »

Salió después á los corredores, estuvo conversando de asuntos indiferentes, y cerca de las doce y media volvió á meterse en su cuarto.

Fácil es presumir lo que sucedió entonces. Yo llegué

á visitarlo á la una y minutos, porque un amigo me detuvo en la puerta de la Escuela. Encontré sobre la mesa de noche una bujía encendida y á Acuña tendido en su cama con la expresión natural del que duerme.

Toqué su frente, guiado por extraño presentimiento y la encontré tibia; alcé en uno de sus ojos un párpado y la expresión de la pupila me aterró; volví entonces con sobresalto el rostro hacia la mesa de noche y me encontré en ella, junto á la vela, un vaso en que se apoyaba el papel que antes he copiado. Me incliné para leerlo y un acre olor de almendras amargas me descorrió el velo de aquel misterio.

Aturdido, loco, llamé á los entonces estudiantes hoy médicos Vargas, Villamil y Oribe, que vivían en el cuarto de junto. Oribe se precipitó sobre el cadáver, queriendo volverlo á la vida y le hizo una insuflación de boca á boca, á tiempo que Vargas movía el tórax para producir la respiración artificial.

Todo fué en vano. Oribe cayó presa de un vértigo, intoxicado por el olor del cianuro, pues Acuña había apurado cerca de dos draemas de esta substancia.

La fatal noticia circuló instantáneamente en la Escuela. El prefecto del establecimiento, el sabio y caballeroso Dr. Manuel Domínguez, los médicos y los alumnos que á esa hora estaban allí, acudieron al lugar del siniestro y rivalizaron en empeño y actividad, para tratar de devolverle la vida ¡la vida que una hora antes le había abandonado!

Llegó á pocos momentos mi amigo Francisco Sosa, y á las cuatro de la tarde el Sr. Gaxiola, Juez en turno que dictó las medidas oportunas, concediendo que fuera en la Escuela de Medicina y no en el Hospital de San Pablo donde se hiciera la autopsia del cadáver.

Los miembros todos de la « Bohemia literaria, » visitaron por la tarde al poeta muerto, que al anochecer fué colocado en la ex-capilla de la Escuela.

Alejandro Casarín, acompañado del inolvidable Alamilla, sacó en yeso blando la mascarilla del rostro, para hacer un busto y trazó á lápiz un magnífico retrato.

El cadáver estuvo constantemente velado por los alumnos de la Escuela, quienes lo inyectaron á todo costo y con todas las reglas de la ciencia.

El miércoles, diez, fué el entierro, que tuvo una pompa y una majestad inusitadas. Á las nueve de la mañana, un inmenso gentío llenaba la Plazuela de Santo Domingo, en tanto que en el interior de la Escuela de Medicina, se agrupaban los representantes de las sociedades científicas, literarias y de obreros.

Los hombres más notables, los profesores más distinguidos, estaban allí dispuestos á acompañar al infortunado soñador de veinticuatro años. El gran Ignacio Ramírez había dicho al saber la muerte de Acuña: « Es una estrella que se apaga. » Altamirano que lo distinguía y mimaba como á un hijo, habíase sentido enfermo de pesar, con la triste noticia, y el sabio Río de la Loza, á pesar de sus arraigadas convicciones religiosas, ordenó, como Director de la Escuela, que no se omitieran gastos para enterrar á Acuña como lo exigía su talento.

Para no mutilar aquel cadáver querido, se extrajo del estómago el veneno con una bomba exofagiana, y después lo inyectaron cuidadosamente los más inteligentes alumnos. Durante el tiempo que estuvo tendido y expuesto al público en la ex-capilla de la Escuela, se recibieron multitud de coronas y de ramilletes, remitidos por corporaciones y admiradores particulares. Sea por el efecto del embalsamamiento sea porque los tejidos se estrecharon por la rigidez, el hecho es que de los cerrados ojos del poeta estuvieron brotando lágrimas constantemente: lloraba, como lo había dicho en una estrofa:

« ¡Cómo deben llorar en la última hora
Los inmóviles párpados de un muerto! »

À las diez los amigos íntimos de Acuña cargamos en hombros su cadáver y salimos de la Escuela en medio de un silencio y de una consternación profunda.

Detrás de nosotros iban los comisionados de las Sociedades Literarias, presidiendo las del « Liceo Hidalgo, » la « Concordia, » y el « Porvenir, » de las científicas, presididas por la de Geografía y Estadística y la Filoiátrica, una Diputación del Gran Círculo de Obreros y después todos los invitados. Por detrás iba el carro fúnebre más elegante de la capital, llevando en su remate una lira de oro con las cuerdas rotas y sobre ella la corona alcanzada por el poeta en el estreno de su drama.

En pos del carro fúnebre iban más de cien carruajes particulares.

El cortejo recorrió las calles de la Cerca de Santo Domingo, Esclavo, Manrique, San José el Real, San Francisco, San Juan de Letrán y Hospital Real, continuando en línea recta hasta el cementerio del Campo Florido.

Allí, bajo un cobertizo de madera, en donde se puso una tribuna, se le tributaron los últimos honores.

Los alumnos Manuel Rocha, Porfirio Parra y Francisco Frías y Camacho hablaron en nombre de la Sociedad Filoiátrica y Gustavo Baz, en nombre del Liceo Hidalgo. En seguida ocupó la tribuna Justo Sierra. — Acuña quería con profunda ternura á Justo, le miraba como á hermano sabio y erudito y la aparición de éste en aquellos instantes, causó inmensa sensación en todos los presentes.

Dice Franz Cosmes en una crónica de entonces, al hablar de Justo Sierra, lo siguiente :

« Sólo los que hayan oído alguna vez esa palabra

poderosa, hija de un cerebro de luz y de un corazón de fuego, podrán concebir hasta dónde se remontó esa imaginación audaz, llorando sobre el cadáver de su hermano. No era un dolor común el que expresaba, era el grito de desesperación de la humanidad, por la pérdida de uno de sus apóstoles, el sollozo trémulo de la poesía por la muerte de uno de sus hijos. »

« Él solo pudo comprender esas aspiraciones sin límites del poeta que en un mundo raquítico se ahogaba. »

En efecto, sólo Sierra condensó la vida del poeta en admirables versos, captándose la respetuosa veneración del auditorio desde que comenzó diciendo :

« Palmas, triunfos, laureles, dulce aurora
De un porvenir feliz, todo en una hora
De soledad y hastío,
Cambiaste por el triste
Derecho de morir, hermano mio! »

Hablaron después en nombre de la sociedad « El Porvenir » los señores Juan Ramírez de Arellano y Francisco de A. Lerdo ; luego el inspirado José Rosas Moreno, leyó una poesía hermosísima ; ocuparon la tribuna Eduardo E. Zárate y José Rafael Álvarez por la Sociedad Literaria « La Concordia » ; Pedro Porrez, Vicente Fuentes, Alberto del Frago que leyó unos versos de José María Valenzuela y Becerril, José Carrillo, Julián Montiel y el último, el que estas líneas escribe.

Hablé en nombre de los amigos íntimos de Manuel : tenía yo entonces veintiún años y hablé llorando...

A las doce del día el primer puñado de tierra cayó sobre el ataúd : la piqueta del sepulturero resonó huecamente en aquel sitio y todos nos separamos conmovidos.

« ¡Ay! de aquella mañana á esta mañana,
de aquel sol á este sol,

como dice el poeta, han corrido fugaces veinticinco años.

Debajo de la tierra en que ya han brotado flores nuevas, ocultos por un manto de fresco césped sobre el cual arrastra el viento las hojas secas, durmiendo están para no despertar nunca muchos de los maestros, de los amigos y de los compañeros del poeta; Ignacio Ramírez, Ignacio M. Altamirano, Vicente Riva Palacio, Flores, Rosas Moreno, Francisco Lerdo, Plaza, Alamida, Manuel Ocaranza, pero sería larga é interminable la lista de los que han bajado á la eterna sombra.

Los versos de Acuña han recorrido todos los dominios de la lengua castellana y en todas partes los admiran y los repiten, pues entre ellos hay muchos que bastan para revelar su genio.

Acuña fué víctima del hastío, de la nostalgia moral, de esa enfermedad sin nombre que marchita las flores del alma cuando apenas están en el capullo. En sus últimos días, vivía de una manera extraña: sus vigiliadas eran constantes; leía y escribía hasta el amanecer; gustaba de tomar un café espeso, al que llamaba Manuel Flores, « el néctar negro de los sueños blancos » y aparentaba una jovialidad que servía de antifaz á su secreta tristeza.

Su trágica muerte es el resultado de un extravío cerebral: nadie aparece como causa de ella y son consejas triviales las que corren en boca del vulgo.

En el Saltillo, han honrado su memoria construyendo un precioso teatro que lleva su nombre y que tiene el patio en forma de lira.

En México, debido al constante empeño de algunos de sus amigos, especialmente de Luis A. Escandón y de Agapito Silva, se le construyó un monumento que en esta fecha está concluido ya, en el cementerio de Dolores, á donde han sido con orden de la Autoridad, trasladados sus restos.

Dicen que al exhumar los restos, en la mañana del veintinueve de Noviembre, encontraron intacta la ropa, cubriendo los huesos; tenía todo el cabello, que cayó del cráneo al primer impulso del aire, y el Dr. Abel F. González le encontró en la bolsa del chaleco, una peseta del año de 1830.

Acuña « si tan prematuramente no se roba á su propia gloria » como me dice hablando de él el inspirado Núñez de Arce, acaso sería hoy una de las más altas personalidades literarias de México. Las composiciones que dejó escritas, revelan todo lo que pudo llegar á ser: el destino apagó la llama de su vida, pero no logrará extinguir su imperecedera memoria.

M. A.

HISTÓRICO

¡ Ah ! ¡ Pobres mujeres del pueblo !

Me refiero á las que ganan honradamente el pan, desangrándose las manos en las baldosas de los lavaderos, quemándose las con la plancha de hierro candente que alisa y abrillanta los cuellos, los puños y las pecheras de los señoritos elegantes; las que se destruyen la vista y los pulmones cosiendo en desmantelado cuartucho las blusas de dril crudo para los soldados, ó en el ruidoso taller las más caprichosas confecciones de la moda.

Hay en este mundo femenino que comienza en el rebozo y termina en el mantón de lana negra, muchas virtudes escondidas en almas nobles.

¡ Ah ! ¡ Pobres mujeres del pueblo !

Su existencia es triste, sus trabajos rudos, y sin premio; sus placeres efímeros, su condición digna de lástima.

Pero en medio de tanta miseria, de tanta desventura y de tanta humildad, semejante á la de las esclavas, hay un fondo de piedad, de sentimiento, de abnegación y de ternura digna de todo encomio.

Y vaya un relato breve en prueba de lo que digo.

En la última celda estrecha de un corredor que ya no existe; en el segundo patio de la Escuela de Medicina, vivió un estudiante cuyo genio tan grande como su infortunio, aplaude hoy toda la América Latina.

Aquel estudiante que velaba todas las noches sobre una tosca mesa, sirviéndole las más veces, de candelero, una botella vacía; que apuraba sin descanso grandes tazas de café y que tenía un carácter festivo, decididor y franco, era un gran poeta y un gran amigo. Su inspiración asombraba así á los viejos maestros como á sus compañeros más bisoños.

Era pobre; llevaba diez años de vivir ausente de su hogar, que distaba de México más de doscientas leguas y no había adquirido otro conocimiento del mundo que el imperfecto que se aprende en los libros ó el erróneo de las conversaciones de los estudiantes.

Aquel genio, en alma de niño, se llamaba Manuel Acuña.

Desaliñado un poco en la ropa exterior, cifraba su lujo en el irreprochable aseo de sus ropas interiores.

Un cuello ó unos puños que no estuvieran tan blancos como la nieve, no se los ponía aunque se lo exigieran con una pistola en el pecho.

Prefería encerrarse en su celda, poniéndose un paletó sobre la limpia camiseta, á salir á la calle con una camisa sospechosa.

Siendo infortunado en todo, no lo fué tanto en esto, y aquí va lo interesante del relato.

Servíale desde años atrás una lavandera joven, que me parece verla en mis recuerdos todavía.

Era de esas criollas de ojos negros, de piel trigueña, pero sonrosada; de pocas palabras, más bien seria que risueña, y tan recatada en sus maneras, que inspiraba respeto al numeroso grupo de estudiantes que la veían una vez por semana, cruzar los patios de la escuela y entrar con su canasto de ropa á dejar y recoger piezas lavadas ó por lavar en el cuarto del poeta.

Se llamaba Soledad, y Acuña le decía *Celi*.

¿Por qué la llamaba así? nunca lo dijo, pero con este nombre la trató á solas y delante de sus compañeros.

Alguna vez, entre sus confidencias, expresó que no era escasa su gratitud á aquella mujer, pues le servía sin cobrarle grandes temporadas, hasta que el poeta podía pagar todo ó parte de lo que debía.

Y si no le pagaba, era lo mismo, pues ella nunca despegó los labios para pedirle un centavo.

Acuña en sus ideales, en su amor de lírico, no fijó nunca sus ojos en los negros y brillantes de *Celi*, que lo miraban con ternura y respeto.

No solo, sino que alguna vez le oí ordenarle agriamente que le llevara ropa limpia tal día y á tal hora.

¡Y ella era la más cumplida y puntual de las mujeres!

Cuando sabía que el poeta iba á hablar en cualquier teatro, era de verse la camisa lavada y planchada por *Celi*.

El más pulido mármol de Carrara desmerecía junto aquellos puños, aquel cuello y aquella pechera.

Había más: siempre, en el cesto de ropa, iban pañuelos que Acuña desconocía, y cuando trataba de devolverlos, la lavandera insistía en dejárselos por si le faltasen los suyos.

No sé si la pobre mujer alguna vez agregó una camisa perfectamente acabada en todos sus detalles.

— Celi, tú cambias las piezas, esto no es mío.

— Pruébesela usted, señor, y si le viene, no crea que se la reclame nadie.

— Pero...

— Úsela usted, y ya después veremos.

Como es sabido, Acuña meditó su suicidio, y la víspera de perpetrarlo, pidió á Celi ropa limpia.

La llevó con la puntualidad acostumbrada y cambió las sábanas del lecho en que algunas horas más tarde yacía sin vida el autor de « El Pasado. »

Su entierro fué suntuoso.

Al cadáver que permaneció tres días en la capilla de la Escuela, embalsamado y velado por los estudiantes, le siguió á la última morada, el más brillante cortejo que pueda imaginarse.

Sabios, literatos, profesores, periodistas, cuanto de granado y escogido tenía entonces México, en la esfera de las letras y de las ciencias.

En el Panteón del Campo Florido se pronunciaron hermosos discursos y poesías conmovedoras.

Pero pasó la ceremonia y el poeta muerto quedó bajo un triste montón de tierra cubierto de coronas y empapado con lágrimas que se secaron al poco tiempo.

Después. . . . ¿quién había de acordarse del suicida?

La mano de un amigo grabó con agudo clavo, en un ladrillo, dos iniciales : M. A., y esto sirvió de lápida durante largo tiempo.

Un día fui al cementerio, busqué el lugar en que yacía mi amigo, y me encontré cubierta su fosa con un poético monumento.

Unas piedras labradas ; una cruz gótica de hierro ; un nombre con letras de oro.

Inquirí con cautela quién lo había construido, y e más entendido sepulturero me dijo :

— Una mujer que se llama Soledad ; que es lavandera, y que viene seguido : lo mandó poner aquí y lo pagó ella misma.

¡ Ah ! ; pobres mujeres del pueblo ! ¡ Cuántas camisas planchadas en el silencio de la noche, cuánto calor, cuántos sudores, cuánto trabajo representaba aquello !..

Después ese monumento fué substituído con uno más costoso hecho por los allegados del poeta ; pero por rico que fuera, no valía lo que el otro ; no, imposible, no valía tanto como el primero.

¡ Oh Celi ! no te conozco ya ; no sé cómo eres ; te recuerdo apenas vagamente, pues tu humilde figura se pierde en la noche de mis recuerdos ; pero dondequiera que estés, ¡ bendita seas !

PRISIONEROS MEXICANOS

HISTÓRICO

Á la memoria del General José Montesinos.

Después de la heroica rendición de Puebla, los invasores enviaron á Francia muchos oficiales mexicanos, en calidad de prisioneros de guerra.

Se les trató duramente al llevarlos á Veracruz, tanto que muchos hicieron el camino á pie, sin alimentos, sin abrigo, sin consideraciones de ningún género.

Los embarcaron en buques de segunda clase y les daban por mejor comida, galletas agusanadas, resto de las que se fabricaron para la guerra de Crimea.

Era preciso remojar aquellos panes que parecían de madera y engullirlos para no morir de hambre.

Llegados á Francia, se les repartió en diversas poblaciones y en ellas vivieron llenos de privaciones, con exiguo salario, hasta que un día se les hizo saber que los que reconocieran el Imperio de Maximiliano y juraran no tomar nunca las armas en defensa de la República, serían traídos á su Patria, conservándoles su grado militar, con el sueldo y las consideraciones debidas, y los que no se juramentaran quedarían para siempre en Francia expuestos á los horrores de la miseria.

La indignación de la mayor parte de aquellos oficiales fué inmensa. Algunos, débiles de carácter, prestaron el juramento exigido por Napoleón III y en breve tiempo regresaron al suelo mexicano.

Otros, patriotas de corazón, se negaron á la humillante propuesta y prefirieron soportar la pobreza y la muerte en tierra extraña, antes que ser infieles á su causa.

Para gloria del ejército, hay que confesar que fueron muchos los que así pensaron, y que, desde el día en que no les dieron ni un céntimo, se buscaron toda clase de trabajo honrado, yendo algunos como el actual General Manuel F. Loera, á marcar tercios en la Aduana, para comer un poco de pan y esperar mejores tiempos.

Más de cincuenta de estos oficiales heroicos, socorridos noblemente por algunos españoles distinguidos, entre ellos el inolvidable y egregio General Prim, decidieron irse de Francia á España para hablar la lengua de sus padres y estar al amparo de la proverbial y nunca desmentida hospitalidad castellana.

Un gran grupo se resolvió á vivir en San Sebastián de Guipúzcoa, y en ese grupo se contaba el bravo oficial Don José Montesinos.

San Sebastián es uno de los hermosos puertos de

la antigua madre patria. Su playa es sin duda de las mejores del mundo para la estación balnearia, y el carácter de sus habitantes es honrado, sincero, franco y discreto.

Alegren la campiña que rodea el puerto, los ecos del tamboril, los melancólicos *zortzicos* y la fresca sombra de los espesos robredales.

La *sidra*, llamada allí sagardúa y que rivaliza con el *champagne* por su fuerza y sus condiciones, es la bebida favorita de los vascos y nada hay más pintoresco que las fiestas campestres, los bailes populares, en aquella región sana y privilegiada.

Campos extensos cuyo silencio lo turba el cencerro de las vacas ó el doliente canto de los pastores; montañas cuyos alegres picos se revisten de neblina, forman el camino para llegar á San Sebastián, especie de ánade blanco que se baña en las ondas azules de un mar siempre agitado y hermoso.

Á tan bello puerto, hoy emporio del progreso y de la alegría en los meses de verano, llegaron los oficiales nuestros y se hospedaron juntos en la casa de una respetable señora.

Confesaron á ésta lo grave de su situación y ella les dijo:

— Nada importa, señoritos; á ustedes se les ve en la cara que son buenos y mientras yo pueda les daré habitación, comida y ropa limpia y ya me pagarán cuando puedan. ¡Pobrecitos de ustedes! yo sé bien que están sufriendo lo que sufrieron aquí nuestros padres el año de ocho. ¡Vaya! pues no faltaba más que hablando la misma lengua y siendo descendientes de españoles, yo les cerrara mi casa. Vivid y tratadme con franqueza. Dios os dará para pagarme y si no.... será lo mismo.

— Señora — le dijo Montesinos — nosotros corresponderemos á la nobleza de usted. Si no nosavian recursos, ya los buscaremos; somos hombres;

sabemos trabajar, y lo que anhelamos es encontrar ocasión de volver á la patria para librarla del yugo extranjero ó morir en los campos de batalla.

— ¡Claro! hijos de españoles aquí se quedan ustedes y habrá para todos; no mortificarse, ni hablar de nada triste; ¡ea! la sopita de ajo está en la mesa y hay preparado un cocido con cada garbanzo como una manzana y con un tocino que ni en la mesa del rey lo han probado nunca.

Con tan generosa patrona vivieron los oficiales muy contentos, pero un día dijo Montesinos á varios de sus camaradas:

— Es preciso hacer algo para que no se diga en San Sebastián que ha caído sobre el puerto y en esta casa una legión de gacznates aventureros, y se me ocurre una cosa.

— ¿Cuál? preguntaron con curiosidad.

— En la vistosa ladera del monte Urgull, está un castillo que se llama *la Mota* y que ayer visitamos algunos amigos. En ese castillo se están llevando á cabo grandes obras de reparación y he pensado que hablemos con el Coronel Esparza para que nos admita de albañiles, así tendremos un jornal seguro y comeremos pan y queso, pero adquirido con honra y con el sudor de nuestras frentes.

¡Bravo! aprobamos la idea y no hay que discutirla. Realicémosla.

Al siguiente día, más de quince oficiales, con el uniforme del Ejército Mexicano, se le presentaron á Coronel Esparza, y Montesinos le dijo en nombre de todos:

— Coronel: somos oficiales...

— De México; sí; ya conozco bien vuestra historia; prisioneros de guerra abandonados por los franceses.

— Exactamente. Hemos preferido la miseria á la deshonra. No queremos vivir sin trabajar; nos

amarga un alimento y un hospedaje que no pagamos y venimos á pedir á usted un favor que no habrá de negarnos.

— ¿En qué puedo servirlos, compañeros?

— En aceptarnos como albañiles en las obras que tiene usted encomendadas en este castillo.

— ¿Como albañiles?

— Sí, como peones, respondió Montesinos, tenemos fuerza y voluntad y queremos ganar el pan trabajando.

Conmovido el Coronel Esparza agregó:

— No puedo hacer por ustedes más de lo que me piden, porque soy un pobre, pero trabajen aquí y desde este momento los considero en la lista y con los mejores salarios de que se pueden disponer en estas obras.

Al día siguiente Montesinos y sus compañeros llegaron al castillo al rayar el día, vestidos de uniforme. Despojáronse allí de las ropas exteriores; cogieron las cubetas de mezcla, la cuchara de hierro, treparon á los andamios y se pusieron á fabricar la parte superior de un muro.

La noticia cundió por todo el puerto y cuando en la tarde concluyeron los trabajos y salieron los oficiales mexicanos, se encontraron en la puerta del castillo á las más guapas mozas del pueblo y de la buena sociedad, llevándoles cestas de comida, de frutas, de dulce, victoreándoles y regándoles flores á su paso.

— Mira, decía un hombre á dos chiquillos, así se honra á la Patria en el extranjero; así como esos bravos oficiales.

Era Don Juan Martínez Villergas que esbaba á la sazón en el puerto.

Varios meses vivieron en San Sebastián aquellos nobles proscriptos y al separarse de allí no pudieron pagar toda la deuda á la generosa patrona de su hotel, dejando sólo un documento subscripto por el jefe

de más alta graduación, en el cual se certificaba el tiempo de permanencia de los oficiales, el número de ellos, la cantidad que debían, anotando que sería pagada cuando triunfara la República.

Corrieron los años; la República ondeó victoriosa su bandera en la tierra mexicana y el gobierno, acaso por altas atenciones, descuidó de pagar aquella deuda sagrada.

Después de nueve años de la caída del Imperio, subió á la Presidencia el General Díaz y conoció de este asunto. Ordenó que se pagara inmediatamente y con creces á la nobil protectora de los oficiales mexicanos.

Por cablegrama se ordenó el pago á nuestra Legación en España y un comisionado, en pleno invierno, sobre espesa alfombra de nieve, fué en tren correo á San Sebastián á entregar delante del notario de ciudad la suma que se adeudaba.

Vivía aún la señora Micaela Zugasti, amiga y protectora de los mexicanos expatriados; estaba pobre, sin casa de huéspedes y sin recursos, y por su delicada situación de salud y de intereses, era preciso darle con precauciones la noticia.

— Vengo, señora, á ver si usted vende su crédito contra México.

— ¡Nunca! porque tarde ó temprano me han de pagar. No olvido lo generosos, lo honrados que eran los oficiales que hospedé en mi casa. Los quise á todos como á hijos, y por ellos juzgo á México. Allí no han de haber entendido bien mi asunto, pero el día en que alguno lo explique, me pagarán en seguida.

— ¿Se acuerda usted de sus huéspedes?

— Ya lo creo; pobrecitos; no deseaban más que dos cosas, pagarme é ir á combatir al Imperio. Aquel Montesinos, qué joven tan inteligente, qué bien hablaba, y cómo se fué con otros á trabajar de albañil al castillo de la Mota; allí en una bóveda, está con pie-

drecitas blancas, una fecha y unas iniciales, la fecha del día que entraron de peones y las iniciales de los que tuvieron esa idea. ¡Qué buenos eran, señor, qué buenos! Hablaban de las costumbres de México, de las comidas, de las travesuras á caballo y de los azares de la guerra.

No me arrepiento de haberlos tenido en mi casa; en las noches cantaban no sé qué de las torres de Puebla y de los cangrejos; ¡ah! ¡pobrecitos! cuando se fueron los lloré, porque no soy interesable, y les había cobrado mucho cariño.

— Señora, dicen que se ha dado orden de pagar esa deuda.

— ¿Cuándo?

— La pagarán dentro de cinco meses.

— ¿De veras?

— Ó de cuatro.

— ¿Tan pronto?

— Ó de tres.

— Eso es guasita.

— Ó en este momento si usted quiere; aquí traigo la suma con los réditos.

No es posible pintar la alegría, la emoción, la sorpresa que provocaron estas palabras que fueron rociadas con lágrimas.

Saldada aquella deuda que revelaba la gran honradez de nuestro gobierno, el comisionado visitó la casa en que vivieron aquellos oficiales, y después, era natural, el castillo en que algunos trabajaron como albañiles.

En ese castillo, en la galería que ve al Norte, en la bóveda de un ángulo, vió escritas con piedrecitas blancas una fecha, 1864 y esta dulce palabra que le llegó al corazón: ¡México!

MUERTO Y VIVO

En una de nuestras guerras intestinas, cayeron en poder del vencedor algunos jefes de alta graduación y de reconocido prestigio que pronto resultaron sentenciados á muerte.

Se pusieron en juego para salvarlos, las más poderosas influencias del clero, del comercio, de la banca y de los hombres de letras; pero todo fué inútil y tal como se había ordenado, aquellos hombres marcharon al cadalso, en una tibia y hermosa mañana de primavera.

Se engañan los que creen que la Naturaleza toma parte en los dolores humanos. ¡Jamás un cielo más azul, ni más diáfano, ha cobijado un patíbulo, ni se han ofrecido á los ojos de los sentenciados, más bellos y sonrientes panoramas! Todo decía amor y vida, frente al espantoso cuadro preparado para la muerte por el odio y por la venganza.

Entre los que iban á morir estaba un joven recién casado, que adoraba á su esposa con una devoción que raya en idolatría y que se enardece con los sacrificios y con la ausencia.

Desde que entró en capilla aquel hombre, que era una fiera en el combate, se entristeció mucho y apareció pusilánime, sorprendiendo con esto á sus camaradas.

— No me llaméis cobarde — les dijo — yo no temo á las balas que han de arrancarme la vida, no! me habéis visto siempre despreciarlas en el campamento como se desprecia una llovizna cualquiera; pero no puedo conformarme con no volver á estrechar en mis brazos á mi esposa. ¡Cuántos sacrificios para lograr

que fuera mía! ¡Cuántos sufrimientos de ambos durante nuestras relaciones! Nos casamos y á los dos meses salí á combatir al enemigo sin saber de ella ni una palabra; derrotado en la lucha caigo prisionero y junto con vosotros me van á fusilar mañana. ¡Ah! yo quería verla un minuto, escuchar su voz, darle mi último beso y morir pensando en volver á verla y á besarla en otro mundo.

Con estos pensamientos, inclinada la frente, y enfermo el espíritu, aquel joven ocupó su lugar á la hora de la ejecución y cuando sonó, retumbando en la montaña, la terrible descarga, cayó vertiendo mucha sangre y quedó abandonado con sus compañeros, causando la compasión de las almas piadosas y la íntima alegría de los soldados vencedores.

Las señoras de la población se habían encargado de recoger y dar sepultura á aquellos muertos que para escarmiento estuvieron todo el día en el lugar en que los ejecutaron en la misma postura en que exhaló cada uno el último suspiro.

Al trasponer el sol el horizonte, que semejava un mar de púrpura, las piadosas y compasivas damas cumplieron su promesa y una de ellas se encargó de llevar á su casa y velar el cadáver del joven jefe á que me he referido.

Al levantar una mano que tenía crispada sobre una piedra, le pareció que había movido un dedo. Entonces, con terror, se fijó en los ojos del militar fusilado y advirtió que la miraban con una expresión de gratitud y de dolor indescriptibles.

Vive aún — se dijo. En aquella época nó se daba á los sentenciados el tiro de gracia. — Vive aún y si lo saben los vencedores es tanto el odio que profesan á éstos, que volverán á matarlo. ¡Ayúdame, Dios mío!

La dama hizo que llevaran aquel cuerpo á su casa y cuando estuvo sola con él, lo trasladó á una alcoba, lo puso en un lecho con toda reserva y llenó de pie-

dras el ataúd que le estaba preparado, tapándolo en seguida y encendiendo en su derredor los cirios que chisporrotearon toda la noche.

En la madrugada fué trasladado al cementerio aquel féretro sin cadáver y ocupó la fosa que le correspondía junto á la de los otros ejecutados.

Para todos, para la patria entera, era una verdad innegable que el jefe recién casado dormía ya el último sueño.

Lo cierto, lo que nadie sabía, era que estaba sin voz y sin movimientos; una bala le había interesado la columna vertebral, otra le había roto la base de la lengua, pero vivía con esperanzas remotas de alivio, cuidado y atendido por aquella mujer que era un ángel de caridad y de misericordia.

¡Ay del enfermo si en aquellos días de odios y de venganzas se hubiera sabido que aún respiraba!

Se guardó el más absoluto secreto y corrió el tiempo. Los periódicos refirieron hasta el fastidio el terrible suceso; la joven esposa se sintió enloquecer de angustia, vistió luto y recibió los pésames de numerosos amigos.

Pero era bella y joven y en seres así no arraiga la pena por mucho tiempo, así es que á los cuatro meses de viuda correspondió al amor de un extranjero, y dos meses más tarde contrajo con él matrimonio.

El marido fusilado empezaba á recobrar poco á poco la voz y el movimiento y sobre su sepulcro, todos creían que en él estaba enterrado; aún se miraban marchitas las coronas con lazos negros que su viuda le mandara en los primeros días de su duelo.

La dama que cuidaba al fusilado se propuso no romper el secreto y á nadie, excepto á su confesor que era un médico que se ordenó al perder á su esposa y á sus hijos, no les dijo nunca ni la más mínima palabra sobre el asunto.

El sacerdote curaba y confortaba al enfermo, pero á

nadie refirió lo que hacía en la sombra, por miedo á las pasiones de partido y más cuando los vencedores habían elegido la población aquella para centro de sus operaciones.

No hay plazo que no se cumpla, dice el proverbio, y llegó un día después de muchos meses en que el fusilado pudo hablar y moverse y sentía ansias de volver á su tierra nativa y presentarse á su esposa para darle el abrazo y el beso que amargaron más que el temor de la muerte las horas largas que pasó en celda.

Había encanecido de angustia y su semblante era distinto de aquel con que recibió la descarga en el campo; pero su alma, su corazón, sus sentimientos, su amor, eran los mismos!

Salió á la calle y notó con placer que no lo conocía nadie, ¿quién había de suponer vivo á un muerto?

Preguntó con misterio por las familias de los fusilados y se le heló la sangre en las venas cuando supo que su esposa se había casado de nuevo.

Entonces sintió no haberse muerto y hasta maldijo á la suerte que le mantuvo la vida.

En la noche salió de la población y se puso en camino para México. Llegó al fin y después de varias pesquisas supo dónde vivía su esposa y fué á apostarse frente á la puerta. Era verdad todo cuanto le habían dicho y la vió salir por la tarde, deslumbradora de juventud y de hermosura en soberbio carruaje al lado de su marido.

Quiso descubrir todo, pero notó que aquella mujer estaba próxima á ser madre; ¡el ensueño que él acarició por mucho tiempo!

Una ola de sangre le cegó la mirada y le llenó el pecho y al fin con la fría calma de un hombre de mármol se dijo: pero si yo soy un muerto y el muerto que vuelve de ultratumba no tiene derecho á pedir nada, nada, ni compasión, ni ternura, ni amor. Yo no

tengo hogar sobre la tierra.... mi habitación está allá junto á mis camaradas; yo he visto mi lápida, he leído en ella mi nombre, he tocado con mis manos las coronas que esa mujer me mandó empapadas en lágrimas ¿para qué quiero más?

En la misma noche se volvió al pueblo, al triste pueblo donde lo fusilaron; se arrojó en los brazos de la santa mujer que le cuidaba con tanta ternura, le cubrió de besos las manos y se despidió de ella para siempre.

Con otro nombre y con nueva familia se estableció después en suelo extraño y cuando sentía ímpetus de volver á la patria exclamaba con profunda filosofía: ¿qué puedo hallar en ella? allí está mi sepulcro y acaso las últimas hojas de las coronas que me mandó empapadas en lágrimas mi.... viuda.

¡POBRE PESCADORA!

Llebadme á los días de inolvidables venturas, á aquellos que caldeaba el sol de España, menos ardoroso que mi corazón de joven; los que embellecieron las rosas brotadas en las márgenes del Guadalquivir y del Darro, menos encendidas que mis ilusiones á los 24 años.

Hay impresiones tan hondas, que no las borran del alma el tiempo, ni la distancia.

¡Ojalá que ciertas fechas y ciertos nombres, aparecieran en la memoria como esas letras torcidas y esos números malhechos en los pizarrones de la escuela,

que con una esponja húmeda los borra el primer niño que se levanta á dar la lección nueva!

¡Cuántos nombres y cuántos números habría ya borrado, dejando solamente los que me hablan en voz tan baja, que los demás no la sorprenden y tan alta, que mis oídos no pierden una sílaba!

Cada hombre tiene su filosofía propia; unos sienten y olvidan; otros ni sienten, ni olvidan; otros, los más felices, olvidan lo amargo, lo triste, lo tenebroso y recuerdan lo que embriagó su espíritu y conmovió su corazón por algunos días. Es una inmensa fortuna ser insensible. Hay veces en que yo, que no envidio nada, porque á nada aspiro, me siento inclinado á envidiar á los egoístas. Tengo el defecto, la debilidad, el pecado de haber nacido sensible y por más que lo procure á todo trance, no puedo cambiar mi organización y mis tendencias. ¿Qué he de hacer á estas alturas? Soportar las consecuencias, sin esperanza de corregirme.

El mes de Agosto de 1879, estaba yo en uno de los puertos de España, cuya playa es la más buscada por su amplitud y su hermosura en la estación balnearia.

Un calor africano me obligó á salir de Madrid y en verdad que en el puerto que elegí, reinaba la más fresca y agradable de las temperaturas.

En el Hotel de los Cisnes, habitábamos muchas gentes y muy pocas personas, pero reinaba entre todas fraternal amistad y juntos y felices, íbamos á la hora del reglamento á hundirnos en las ondas verdosas, más para cumplir con el objeto de nuestro viaje, que para solazarnos, pues no le encuentro encanto á sumergirse vestido dentro de una agua que deja la piel áspera y pegajosa y que en cada vez que penetra por la boca y por la nariz, recuerda la esponja que le ofrecieron á Cristo.

Pero en esto estriba lo principal de los atractivos